

Las ciencias en la formación de las naciones americanas. Una introducción

Sandra Carreras/Katja Carrillo Zeiter

Los primeros movimientos anticoloniales exitosos se llevaron a cabo en América. Entre 1760 y 1830 se desarrollaron allí procesos revolucionarios que culminaron con la disolución de los imperios coloniales que habían dominado el continente durante tres siglos. Entre ellos se cuentan la revolución de las trece colonias inglesas de Norteamérica, la revolución haitiana y las revoluciones que se sucedieron en las distintas partes del Imperio Español. Todas estas transformaciones, sumadas a la separación no violenta de Brasil de la Corona portuguesa, tuvieron por resultado el surgimiento de una pluralidad de nuevos Estados, que en lo esencial perdura hasta hoy.

Las revoluciones americanas estaban insertas en el contexto de las interacciones transatlánticas establecidas con anterioridad y contribuyeron, a su vez, a la intensificación de las mismas. Fueron en general un resultado de las densas interconexiones que se habían ido tejiendo durante siglos en ese espacio, y de las reacciones que ellas provocaron. Tanto en el norte como en el sur del continente americano, el intento de las metrópolis por reforzar el control económico y político sobre las colonias terminó provocando la reacción que pondría fin a la dominación colonial.

La independencia de Estados Unidos mostró al mundo atlántico que era posible abandonar el estatus colonial y el régimen monárquico. Poco después, la revolución francesa actuó, por un lado, como la gran difusora de las ideas de libertad e igualdad, y desató, por otro, un vendaval político cuya ola expansiva repercutiría fuertemente al otro lado del Atlántico. A ella se vincula directamente la revolución haitiana. Además, su derivación en las guerras napoleónicas, incluida la ocupación de la Península Ibérica, constituyó el motivo inmediato del inicio de las revoluciones hispanoamericanas, que a su vez fueron apoyadas por Gran Bretaña. Al fin del proceso, el continente aparecía dividido en un número hasta entonces desconocido de Estados independientes, que, con la excepción de Brasil, se constituyeron como repúblicas pese a todos los vaivenes y conflictos que siguieron a la independencia en momentos en que la Europa continental, perdidas las colonias, se reorganizaba bajo la égida restauradora.

El Nuevo Mundo tuvo así una participación esencial en el proceso de destrucción del antiguo orden en Europa. Por otra parte, el ciclo revolucionario podría ser visto como el último episodio común de las colonias americanas, a partir del cual las nuevas repúblicas seguirían diferentes derroteros y la brecha entre la gran república del norte y las numerosas repúblicas del sur del Río Grande iría en aumento. En muchas de éstas, la revolución de las estructuras políticas coexistiría bastante tiempo con continuidades sociales y económicas ante las cuales la cuestión del establecimiento de un nuevo orden no era sencilla de resolver. Si la apelación a la “patria” había servido para dar identidad común a los distintos grupos a la hora de la lucha por la independencia, el establecimiento de un nuevo Estado, una vez depuesta la autoridad real, ponía en el tapete nada menos que la cuestión del sujeto de soberanía. El “pueblo” o la “nación” eran conceptos vagos que remitían a valores universales, en tanto que la práctica mantenía y a veces hasta reforzaba la discriminación social. En sociedades en las cuales la mayoría de la población era no blanca, la tensión entre la retórica liberal e igualitarista y la discriminación cotidiana resultaba especialmente marcada. A esto se agregaba la dificultad de que las élites criollas, que dominaban el discurso nacionalista, compartían idioma, cultura y religión con las potencias europeas de las que acababan de autonomizarse.

Si bien las historiografías nacionales elaboradas en el siglo XIX tendieron a identificar el momento de la independencia con el del nacimiento de la nación, la configuración de esa identidad imaginaria fue un proceso mucho más largo, entrelazado a las acciones y vicisitudes de los nuevos Estados e incluido él también en corrientes y transformaciones de carácter transnacional. Actualmente las investigaciones históricas coinciden en general en destacar los déficits que habrían caracterizado por largo tiempo a los nuevos Estados. Como ha resumido Stefan Rinke:

Después de algunas décadas de guerra los países recién surgidos eran demasiado débiles para establecer realmente el orden republicano. El soberano, el ‘pueblo’, seguía siendo un nebuloso punto de referencia. Para imponer un nuevo estado nacional en el sentido de una comunidad de valores duradera en una estructura étnica extremadamente heterogénea, faltaron las condiciones y la voluntad política de las élites (Rinke 2013: 50).

Este balance negativo resulta del contraste entre una realidad tangible y las expectativas colocadas en ella por parte de muchos de sus protagonistas, y también de sus observadores póstumos. Dada la naturaleza utópica de tales expectativas, no sorprende que resulte difícil encontrar un caso con

mínimas posibilidades de satisfacerlas. Eso no significa, sin embargo, que en los años que siguieron a la independencia hayan faltado los intentos de establecer, por distintos medios, una comunidad de valores. En ese sentido, más que detenernos en presentar la lista de fracasos, nos parece más promisorio una perspectiva orientada a mostrar y analizar los diferentes –y por cierto variados y hasta contradictorios– intentos encarados por distintos actores en pos del establecimiento de lo que cada cual consideraba necesario para la formación de una comunidad nacional, un proceso de características sumamente complejas, que por su misma naturaleza no puede sino permanecer inacabado y sujeto a revisión permanente.

El proceso de delimitar una identidad cultural propia hacia adentro y hacia afuera resultó extremadamente difícil para las élites de los nuevos Estados porque implicaba desarrollar complicados mecanismos de inclusión y exclusión. También en este proceso, los entrelazamientos transatlánticos desempeñaron un papel fundamental precisamente en la circulación de ideas y saberes. La Europa postnapoleónica vio emerger el concepto de nación que buscaba establecer una supuesta relación intrínseca entre una parte de la población caracterizada como “pueblo”, el territorio, la lengua y la cultura. Pese a las diferencias existentes en los diferentes Estados europeos, la construcción de lo propio establecía una supuesta homogeneidad natural. Las discusiones sobre la nación no por casualidad surgieron en aquel momento cuando algunos de los países europeos enfrentaban cambios en su organización estatal.

La historia real de la constitución de los Estados nacionales en América, lejos de responder a un proceso “natural”, fue más bien el producto de la concentración de poder en manos de élites dominantes que lograron imponer su hegemonía en un determinado territorio y reforzarla a través de aparatos estatales. Éstos, por su parte, contribuyeron en la complicada tarea de formar un espacio económico unificado, dotar al Estado de la capacidad de erigirse en un actor reconocido en la esfera internacional y constituir una cultura homogénea con valores y símbolos comunes que le diera sustento a la unidad política. Vistas así las cosas, se trató menos de naciones preexistentes en busca de su Estado nacional que de Estados empeñados en proporcionarse la nación que les diera sustento y fuera a la vez objeto de sus intervenciones.

En el caso de los nuevos países hispanoamericanos, el concepto de nación se prestaba a marcar las diferencias entre ellos y frente a la vieja metrópoli, y a justificar el proceso de independización como “natural”.

No obstante, la delimitación hacia afuera sólo funcionaba si se respondía hacia dentro a ¿qué es la nación? Dando por sentada la supuesta relación intrínseca entre “pueblo”, territorio, lengua y cultura, las discusiones sobre el carácter de los nuevos Estados giraban permanentemente alrededor de estos elementos. A ellos se agregaba la preocupación por la historia que remontaba la nación hacia un pasado anterior a la independencia. El pensar la nación no se limitaba a la esfera político-administrativa, sino que envolvía también a productores del saber que desde sus lugares de enunciación participaban en la tarea de imaginar la comunidad (Anderson 1983).

Los círculos letrados de la época anterior a las revoluciones respondían a la concepción de la “república de las letras”. Esta entidad, pensada en términos cosmopolitas, abarcaba al menos idealmente a los eruditos de diferentes regiones unidos por su afán de conocimiento, que integraban asociaciones y academias y se comunicaban entre sí a través de las fronteras estatales. A partir de la Revolución Francesa, en cambio, la búsqueda del conocimiento comenzó a aparecer cada vez más asociada a valores patrióticos primero, y nacionalistas después. Las campañas napoleónicas combinaron estrechamente victoria militar y éxitos científicos. A partir de entonces el nacionalismo científico prosperó en muchos países, aunque por otra parte nunca dejó de alabarse a la “comunidad científica internacional” (Somsen 2008: 361-365). Los países americanos no permanecieron ajenos a estas tendencias.

En América Latina, la participación de la ciencia y de los científicos en la formación de las nuevas naciones fue notoria. El movimiento que condujo a la independencia coincidió temporalmente con el momento de maduración de un proceso de renovación y crecimiento de las ciencias naturales, en el cual se habían ido reemplazando los contenidos escolásticos por contenidos acordes a la ciencia moderna, encabezada por la física newtoniana. En el contexto del fomento general de la ilustración y particularmente de las expediciones botánicas promovidas por la Corona, se formaron núcleos de actividad científica, sobre todo en Bogotá, Lima y México (Glick 1991).

Los miembros de la élite ilustrada criolla participaron activamente en el movimiento emancipador desde las primeras horas y en muchos casos pagaron por ello con sus vidas. En los años de las luchas por la independencia, las instituciones y las prácticas científicas sufrieron las consecuencias negativas de las guerras. Con el establecimiento de los nuevos gobiernos, médicos, naturalistas, ingenieros militares y letrados ocuparon cargos im-

portantes, desde los cuales se preocuparon por difundir la enseñanza científica con el objetivo de generalizar la ilustración, educar a los ciudadanos y fomentar las actividades económicas. En este principio de la vida independiente de las nuevas repúblicas, el interés estaba centrado en el estudio de los territorios nacionales, el relevamiento de sus condiciones geográficas y el conocimiento de sus riquezas naturales. Estas prácticas continuaban en parte los esfuerzos ilustrados de la última etapa colonial, pero también incluían en muchos casos un nuevo énfasis: la relación entre la ciencia y la construcción de naciones republicanas, un modelo más estadounidense que europeo que combinaba los ideales políticos con los científicos y se veía simbolizado en las figuras de Franklin y Jefferson (Vessuri 2003: 540-542).

Los resultados de estos esfuerzos variaron según la coyuntura política de cada lugar. En general, no fue fácil crear instituciones científicas estables. La ruptura de los vínculos de dependencia con la metrópolis tuvo como consecuencia la interrupción de los flujos de contactos con las redes científicas que hasta entonces habían sido canalizados por ella. En muchos casos, pasarían décadas hasta que pudieran verse los resultados de la reorientación de los contactos internacionales y el avance en la instalación de centros científicos locales. Una de las principales dificultades radicaba en la ausencia o debilidad de élites científicas diferenciadas y en el escaso interés dispensado por los gobiernos, siempre acuciados por problemas urgentes, a actividades que prometían poca rentabilidad inmediata.

En el contexto de las primeras décadas que siguieron a la independencia, los mayores esfuerzos se concentraron en la historia natural, un campo del saber que, con el interés puesto en la naturaleza del territorio, podía ofrecer una contribución importante en la búsqueda de una identidad nacional en sociedades en las que la escasa distancia cultural entre las élites criollas y la ex metrópoli hacían imposible fundamentar la diferencia en base a conceptos como lengua y cultura. Este campo de conocimiento ofrecía también la ventaja de contribuir a posibilitar el dominio del territorio y del ambiente, y de ser útil para identificar el valor económico de sus recursos naturales. Fue así que en esas primeras décadas de vida independiente, los Estados nacionales se preocuparon por establecer museos con el objetivo de reunir y mostrar los recursos naturales del país. En el transcurso del siglo, el intento de visibilizar la nación se extendió a otros campos del saber como la Historia o la Filología y, ya hacia finales del siglo, la Antropología.

Por otra parte, la participación de la ciencia en la formación y consolidación de los Estados se desarrolló en forma simultánea y paralela al avance de la globalización, entendida como un proceso secular de aceleramiento, extensión y profundización de las conexiones globales. Las redes científicas transnacionales fueron una de las formas de interconexiones que atravesaron las fronteras territoriales de los Estados. Junto con las colecciones museales, y algo más adelante las grandes exposiciones, que produjeron condensaciones de representaciones del mundo para un público amplio, las redes científicas fueron importantes vehículos de la transmisión y apropiación de conocimientos a nivel mundial (Rosenberg 2012: 815-824).

Por entonces, los centros europeos estaban interesados en completar su propio conocimiento del mundo en base a los materiales que pudieran ser recolectados en todas las regiones del planeta. Viajeros ingleses, franceses, alemanes y estadounidenses recorrieron los países latinoamericanos buscando tanto avanzar sus conocimientos como promover el aumento de sus ganancias. Naturalistas europeos se establecieron en América Latina y junto con las comunidades científicas locales contribuyeron al relevamiento de los recursos naturales. El intercambio entre los museos que poseían colecciones naturalistas y antropológicas permitió que los materiales recolectados en América pudieran ser expuestos y estudiados en Europa. Una larga cadena de transferencias y apropiaciones asimétricas contribuyó a invisibilizar y/o subalternizar el conocimiento de las comunidades indígenas, de los científicos criollos y hasta de los científicos europeos que permanecieron largo tiempo en la periferia. En los países latinoamericanos, en cambio, los objetos expuestos servían sobre todo para visualizar y materializar ante el público la historia, el arte y la naturaleza de la nación.

Si bien en los siglos anteriores ya existían archivos y bibliotecas, fue sobre todo en el siglo XIX que los Estados se hicieron cargo de la organización y el sostenimiento de depósitos centralizados de los materiales que documentaban los actos administrativos, con lo cual se apoderaban también de su propia memoria. Aunque su funcionamiento estuvo siempre sometido a presupuestos escasos y a las dificultades derivadas de la debilidad de la administración pública, su existencia permitió que, pese a todas las limitaciones, pudiera irse estableciendo una forma distinta de narrar la historia, basada cada vez más en fuentes escritas y centrada fundamentalmente en el estudio del Estado y la vida política. Pese a todas las controversias, surgiría de allí una narrativa destinada a dar sustento al Estado nacional y que luego, transportada por el sistema educativo, tendría una fuerte influencia

en la transmisión de contenidos y valores patrióticos y nacionalistas. Algo parecido se puede observar para el caso de la enseñanza de la lengua. A diferencia de la época colonial, los nuevos Estados impusieron una única lengua oficial, el español, cuyo dominio debía, en la lógica de la época, crear la identificación con la nación. Aún más, la implementación de la lengua oficial fue también un acto para formar el “nuevo” ciudadano que compartiría con los demás una de las herramientas esenciales del nuevo Estado: la escritura (González Stephan 1995).

A partir de mediados del siglo XIX, el avance en la configuración y consolidación de los Estados se manifestó también en la creación y revitalización de sus instituciones y asociaciones científicas. En principio, las asociaciones científicas son agrupaciones voluntarias de personas interesadas en la ciencia e independientes del Estado, a diferencia de los organismos e instituciones creados y sostenidos por éste para cumplir funciones educativas, culturales o científico-técnicas, como universidades, colegios superiores, museos, institutos cartográficos, observatorios astronómicos, etc. En la práctica, sin embargo, sobre todo en Iberoamérica, no siempre es posible mantener esa distinción, pues ya desde la época colonial numerosas asociaciones nacieron al calor de los organismos estatales, cuando no como resultado de un acto directo de gobierno, y su subsistencia ha dependido en gran parte de la financiación y el apoyo oficial (Capel 1993: 409-414).

Hacia fines del siglo XIX las ciencias habían alcanzado en Estados Unidos y en varios países europeos un prestigio en tanto autoridad cultural desconocido hasta entonces. La mayoría de los científicos habían dejado de ser amateurs para transformarse en profesionales que trabajaban en las universidades y en instituciones de investigación sostenidas por el Estado. Para entonces existían comunidades científicas entre las cuales las informaciones circulaban con rapidez. Ellas mismas producían criterios de calidad y administraban la adjudicación de prestigio con cierta autonomía. La formación de las asociaciones internacionales y los congresos internacionales de las diferentes disciplinas científicas reforzaron aún más las conexiones internacionales. Paralelamente, la aspiración de internacionalidad iba de la mano de la búsqueda de la diferencia y la distinción nacional. Como indica Rosenberg, las naciones se definían sobre todo a través de la pretensión de universalidad de sus propios discursos científicos (2012: 924).

Entre finales del siglo XIX y las tres primeras décadas del XX, las manifestaciones científicas tuvieron un marcado crecimiento también en los principales centros urbanos latinoamericanos, el cual se manifestó en la

multiplicación de facultades y cátedras universitarias, institutos y centros de investigación, revistas científicas y en general en la profesionalización de sus cultivadores. Esto fue posible porque las élites políticas confiaban ahora en que la ciencia era un recurso para europeizar las culturas locales, hacer más productiva la economía, conocer mejor territorios aún no del todo explorados, y educar, disciplinar y controlar a las grandes poblaciones. La ciencia y la tecnología tuvieron entonces una justificación instrumental similar a la que había asomado a fines del periodo colonial (Cueto 2008).

Las cuestiones que acabamos de exponer constituyeron el punto de partida para la realización del simposio “Las ciencias en la formación de la nación en América Latina (1810-1925)”, que tuvo lugar en Berlín en 2010. Es así que las contribuciones aquí presentadas comparten la preocupación por dilucidar las diferentes formas de relación entre las ciencias y la formación de las naciones. El trabajo de **Axel Jansen** traza la fundación de una academia nacional en los Estados Unidos. Partiendo de la idea de que el discurso político y el discurso científico están regidos por diferentes objetivos –uno podría añadir por diferentes leyes discursivas–, Jansen hace hincapié en las relaciones existentes entre la esfera política y la científica dentro del Estado-nación moderno. Centrándose en la biografía de Alexander Dallas Bache –fundador y primer presidente de la academia de Estados Unidos–, el autor muestra cómo en el caso de este país la fundación de una academia nacional refleja la intención de asegurarse una legitimación política para la ciencia por parte de sus miembros. No obstante, el caso de la academia estadounidense revela cómo la interconexión entre ciencia y Estado-nación beneficia a éste al ofrecer conocimientos científicos indispensables para el avance tecnológico de la nación moderna. Muestra además cómo el Estado supo beneficiarse de la profesionalización de la ciencia.

Partiendo de la idea de que no hay nación en sentido moderno sin ciencia, ni tampoco, ciencia sin Estado-nación, **Guillermo Zermeño Padilla** se pregunta cómo se dio concretamente la conjunción entre nación e historia en México. Su recorrido por la historiografía mexicana del siglo XIX tiene por objetivo determinar cómo se produjo el paso de la idea de la historia como *magistra vitae* a la historia científica. Muestra además la importancia de la organización del archivo y de la acción de sociedades científicas, ambos en estrecha vinculación con el poder político, como pasos de esa transformación. En general, se produjo una recuperación selectiva del pasado anterior a la independencia, que funcionaría como base de

un nacionalismo cultural. Con la paulatina incorporación de la historia al lenguaje de la ciencia experimental, la nación moderna pasó a verse a sí misma como la culminación de la historia entendida como progreso y civilización. La conclusión es que las relaciones entre historia y nación no fueron continuas, sino que lo nuevo contuvo necesariamente supervivencias del pasado premoderno. El desarrollo de la historia corrió paralelo al desarrollo de otros saberes, y en esa trayectoria hubo un desplazamiento semántico en el sentido del desvanecimiento de la historia ejemplarizante y moralizadora dominante durante el periodo prenatal. Algunos de sus rasgos reaparecerían, sin embargo, en el momento de la consolidación de la república, para apuntalar las virtudes de la nación y articular una suerte de identidad nacional.

En su contribución sobre los inicios de la historiografía chilena en torno a 1840, **Antonio Sáez Arance** expone la concatenación existente entre la constitución de la disciplina histórica y el establecimiento de un relato basado en la excepcionalidad de ese país, cifrada en el imperio del orden y la legalidad. Su análisis muestra cómo ese relato de legitimación nacional está vinculado a la obra de dos extranjeros prominentes: el naturalista francés Claude Gay y el polígrafo venezolano Andrés Bello. Desde su cargo de rector de la Universidad de Chile, (re)creada en 1842 a modo de toma de distancia explícita con respecto a la casa de estudios fundada a mediados del siglo XVIII que la antecedió, Bello tuvo un papel importante en la delimitación de lo que se consideraría aceptable o no para el desarrollo institucionalizado de la disciplina. El análisis de su polémica con José Victorino Lastarria revela que la discusión metodológica ocultaba mal una profunda diferencia de opinión sobre la situación contemporánea del país, el régimen portaliano y los grupos sociales que lo sostenían. A largo plazo, el predominio alcanzado por la posición de Bello iría de la mano de la consolidación de una visión conservadora y autocomplaciente del país, cuyos efectos pueden rastrearse hasta la actualidad, y que prueba la capacidad de la Historia de actuar cabalmente como “disciplina”.

En una contribución dedicada a iluminar la importancia del componente territorial y espacial, y de las ciencias asociadas a él, en la configuración de los Estados nacionales **Leoncio López-Ocón** estudia el papel de la Sociedad Geográfica de Lima. En este caso se pone de manifiesto la imbricación de modelos metropolitanos con las motivaciones, necesidades e intereses locales y nacionales. El autor muestra cómo la fundación de esta institución científica fue antecedida por una larga serie de significa-

tivos esfuerzos por la producción de conocimientos geográficos sobre el territorio peruano, que hunde sus raíces en las postrimerías coloniales. La creación de la Sociedad Geográfica en 1888 respondió a una decisión de las élites políticas y científicas peruanas que, tras la derrota en la Guerra del Salitre, orientaron sus esfuerzos a la (re)construcción del debilitado Estado peruano mediante la integración de su territorio por medio de la acción conjunta del conocimiento científico, el desarrollo económico y la intervención política y administrativa del Estado. De hecho, la Sociedad puso en marcha un ambicioso programa de trabajo impulsado por un fuerte sentimiento nacional. Sus resultados tuvieron algunos efectos concretos con respecto a la integración del territorio nacional, a la vez que encontraron sus límites en la falta de atención por los habitantes indígenas contemporáneos.

Una de las necesidades que impulsó la práctica de la cartografía durante la formación de los Estados americanos fue la de definir las fronteras. **Carla Lois** llama la atención acerca de que la mirada retrospectiva dominante en clave nacional sobre el desarrollo de la cartografía en los países latinoamericanos ha pasado por alto las prácticas de producción, publicación y circulación de mapas europeos sobre el Imperio Ibérico en disolución. Su contribución busca dilucidar cuáles fueron los mapas políticos que los europeos hicieron luego de las independencias y cómo las élites locales se apropiaron de imágenes ya existentes para construir sus propias geografías oficiales. Muestra que algunas de las narrativas geográficas “nacionales” fueron elaboradas por profesionales extranjeros, publicadas en idiomas extranjeros e impresas en Europa. Dado que para las élites nacionales la cuestión de la frontera era cada vez más una cuestión de delimitación, la demarcación de la línea de frontera pasó a ser un imperativo de la práctica cartográfica. En ese contexto, los mapas adquirieron un papel importante en la clarificación de los conflictos limítrofes, pero como muestra el caso de la controversia entre Argentina y Chile, su utilización como evidencia quedaba supeditada a otros recursos argumentativos.

Una disciplina que durante el siglo XIX ganó importancia a la hora de definir al “pueblo” como uno de los elementos de la nación, es la Antropología. La historia de su institucionalización en América Latina es el foco de interés de la contribución de **Jesús Bustamante**. Partiendo de tres diferentes modelos de institucionalización disciplinar, el autor hace hincapié en el hecho de que los museos desempeñaron un rol importante en el caso de la institucionalización de la Antropología como campo de investigación

y educación en el siglo XIX, tanto en Europa como en América Latina. En primer lugar, las colecciones museales ofrecían los materiales de estudio, aunque en un principio éstos se encontraban repartidos entre colecciones de historia natural, del hombre o arqueológicas. En segundo lugar, fue allí donde se crearon los primeros puestos de docencia, casi siempre en cooperación con una universidad. Tomando como ejemplos hispanoamericanos las historias del Museo Público de Buenos Aires y la del Museo Nacional de México, Bustamante muestra cómo el interés en lo nacional impulsó sus fundaciones y sus desarrollos durante la segunda mitad del siglo. La historia del Museo Nacional de México estuvo marcada por una coherencia institucional y por la creciente importancia de las colecciones arqueológicas, antropológicas y etnológicas dentro del proyecto de la nación. A diferencia, el caso argentino se presenta mucho más complicado cuando a fines del siglo entra a la escena el Museo de La Plata como nueva institución y el Museo Público de Buenos Aires se convierte en el Museo Nacional de Buenos Aires. Pero tanto la historia del museo mexicano como la de los museos argentinos muestran la importancia de las coyunturas políticas en la fundación y la consolidación de estos lugares del saber.

El desarrollo y funcionamiento de las prácticas de la Antropología en los museos de Argentina es el tema de la contribución de **Irina Podgorny, Máximo Farro, Alejandro Martínez y Diego Ballesterro**. Su estudio muestra cómo tanto la formación de las colecciones como de los espacios institucionales para albergarlas surgieron como iniciativa de individuos particulares. El caso paradigmático es el de Francisco P. Moreno, cuyas iniciativas individuales, recursos familiares y contactos personales tuvieron una significación destacada en el establecimiento del Museo de La Plata. El análisis indica también que el proceso que condujo a él fue menos lineal de lo que suele asumirse y que, luego de su fundación, el estudio de las colecciones de la Sección Antropológica obedecería menos a un plan coherente de investigación científica que a la convergencia de una serie de factores contingentes. Por un lado, las dificultades presupuestarias obligaron al director a orientar las actividades de la institución a tareas consideradas prioritarias por el Gobierno Nacional, concretamente la exploración del territorio nacional en el contexto de la controversia limítrofe con Chile. Por otro lado, los sucesivos encargados de la Sección Antropológica, el holandés Herman ten Kate y el alemán Robert Lehmann-Nitsche desarrollaron sus propios programas de trabajo, enmarcados en discusiones temáticas y metodológicas internacionales.

La contribución de científicos y viajeros alemanes a la antropología mexicana es estudiada en el artículo de **Mechthild Rutsch**. Mientras que los primeros aportes alemanes al estudio del pasado indígena en México fueron resultado de un interés más bien personal y se debían a una fascinación por las ruinas monumentales mayas y aztecas, hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX este interés se convirtió en una labor científica institucionalizada que repercutió en la fundación de instituciones de enseñanza e investigación mexicanas. Esto fue posible gracias al crecido interés de las autoridades mexicanas en rescatar el legado prehispánico e incorporarlo al imaginario nacional. Por ende, la situación en el México porfirista ofreció a los científicos extranjeros, en especial alemanes, oportunidades no sólo de trabajo, sino también financieras que ellos supieron aprovechar. Por el otro lado, las autoridades mexicanas se beneficiaron de la curiosidad científica para su proyecto nacional que reclamaba el legado prehispánico como genuinamente mexicano. Este encuentro de intereses conllevó la fundación de instituciones tan prestigiosas como la Escuela Nacional de Altos Estudios o la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. Rutsch muestra como los científicos extranjeros propulsaron activamente la creación de estas instituciones.

Iris Bachmann se ocupa en su contribución de los intercambios científicos entre América Latina y Europa centrándose en tres científicos que cruzaron el Atlántico y en un científico que mantuvo intensas correspondencias con los círculos de allende el mar. No obstante, lo que interesa a la autora es cómo el desplazamiento de ideas y saberes desemboca en una resignificación de éstos a nivel de la disciplina en general, pero también de los intereses científicos personales. Bachmann empieza con Rufino José Cuervo, cuya labor científica está caracterizada desde un principio por varias reescrituras que son testimonios de su participación en las discusiones lingüísticas internacionales de la época y el intento de evitar lo político que dominaba a fines del siglo XIX en los debates sobre la lengua en Colombia. Pero será su traslado a Europa lo que lo liberará de esos intereses políticos y lo llevará a un estudio desapasionado de la lengua. En cambio, Rudolf Lenz experimenta una ampliación de su campo de estudio al cruzar el Atlántico con dirección a Chile, su nuevo lugar de acción. Al mismo tiempo ofrecerá con sus trabajos, muchas veces publicados paralelamente en revistas europeas y chilenas, nuevos temas y enfoques a los estudios lingüísticos europeos. Los otros dos ejemplos son tomados del campo de la etno-lingüística brasileña, se trata de Capistrano de Abreu y de Karl

Friedrich Philipp von Martius. Las ideas acerca de las lenguas indígenas de Brasil de Martius son el punto de referencia de una crítica severa hecha por los sudamericanistas, incluyendo a Capistrano de Abreu que con sus trabajos demuestra estar al tanto de las discusiones internacionales. Los trabajos de los cuatro científicos tratados en esta contribución deben su especial interés al hecho de que ellos participaban en las redes científicas internacionales de su época.

Una de las dificultades quizás más visibles con las cuales se vieron confrontados los Estados hispanoamericanos al independizarse y definirse a sí mismos fue el compartir una lengua en común con la antigua metrópoli. La implementación del español como lengua oficial de los nuevos Estados –una decisión que refleja claramente la voluntad de homogeneización de las élites–, conllevó el debate acerca del peso del español americano dentro de una comunidad hispanohablante. **Kirsten Süselbeck** enfoca la discusión que se abrió al fundarse las Academias Correspondientes en algunos países hispanohablantes a finales del siglo XIX. No por casualidad, ésta se profundiza a finales del siglo justo en el momento en que la antigua metrópoli está por perder sus últimas colonias ultramarinas y se dispone a enfrentar este desenvolvimiento político con el fomento de una unidad cultural hispana. Por lo tanto, no sorprende la intención española de fundar una red de academias. Menos obvias son las razones del apoyo que algunos letrados hispanoamericanos brindaron al proyecto. En él tuvieron un rol central las élites criollas de las jóvenes repúblicas que veían su afiliación a la academia española como una manera de participar de un espacio cultural global y de ser reconocidas como intelectuales dentro del mundo civilizado.

En su recorrido por la historia de la ciencia en el Perú, **Manuel Burga** se ocupa de rastrear cómo el descubrimiento, la valoración y el aprecio de lo propio constituyen pasos sucesivos en la construcción de la nación peruana. Basándose en las interpretaciones de Michel Foucault con respecto al desarrollo de las ciencias en Europa, constata que era imposible importar al Perú decimonónico el modelo de nación moderna, pues el contexto social entonces existente era similar al de la época barroca. Las características de los discursos científicos que circulaban en Perú hacia fines del siglo XVIII y durante el XIX les impidieron a sus cultivadores ver la interrelación entre los distintos aspectos de la realidad local, pues no existían entonces las condiciones sociales y materiales para construir efectivamente una nación. Sí existía, en cambio, la idea de patria, claramente anterior a la de nación y

rastreado ya en los mismos orígenes de la época colonial. Un recorrido de las principales obras científicas del siglo XIX, muestra su fuerte tendencia a concentrarse en el elogio a la naturaleza sin considerar a sus habitantes. Un cambio en esa tendencia estaría representado por la obra del italiano Antonio Raimondi, pero en general habría que esperar hasta el siglo XX para que la ciencia se ocupara de recuperar a los indígenas como ciudadanos de la nación.

Las contribuciones aquí reunidas tratan los elementos que suelen aparecer cuando se discute y se busca establecer la nación: historia, territorio, “pueblo” y lengua. En su conjunto muestran cómo las ciencias y sus cultivadores contribuyeron al desarrollo y la consolidación de los Estados nacionales. Ponen además en evidencia que el entrelazamiento entre ciencia y nación tuvo consecuencias para la ciencia como lugar de producción y enunciación de saberes y también implicaciones para la elaboración de determinadas interpretaciones de la nación en tanto comunidad imaginada. Por otra parte, la estrecha vinculación entre la ciencia y la nación no puede separarse del contexto de vinculaciones transnacionales y las redes que le dieron sustento.

Para finalizar, las editoras quisieran agradecer a las autoras y los autores su disposición a participar en este volumen y en las fructíferas discusiones que se llevaron a cabo durante el simposio.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- CAPEL, Horacio (1993): “El asociacionismo científico en Iberoamérica. La necesidad de un enfoque globalizador”. En: Lafuente, Antonio/Elena, Alberto/Ortega, María Luisa (eds.): *Mundialización de la ciencia y cultura nacional. Actas del Congreso Internacional “Ciencia, descubrimiento y mundo colonial”*. Madrid: Doce Calles, pp. 409-428.
- CUETO, Marcos (2008): “Ciencia y Tecnología”. En: Ayala Mora, Enrique (dir.)/Posada Carbó, Eduardo (codir.): *Historia General de América Latina*. Vol. VII: *Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación, 1870-1930*. Madrid: Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, pp. 453-467.
- GLICK, Thomas (1991): “Science and Independence in Latin America (with Special Reference to New Granada)”. En: *Hispanic American Historical Review*, 71, 2, pp. 307-334.
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz (1995): “Las disciplinas escriturarias de la patria: constituciones, gramáticas y manuales”. En: *Estudios. Revista de investigaciones literarias*, 3, 5, pp. 19-46.

- RINKE, Stefan (2013): “‘El velo rasgado’: revoluciones de independencia en América Latina desde una perspectiva entre-espacios”. En: Alba, Carlos/Braig, Marianne/Rinke, Stefan/Zermeño, Guillermo (eds.): *Entre Espacios. Movimientos, actores y representaciones de la globalización*. Berlin: edition tranvía – Verlag Walter Frey, pp. 35-55.
- ROSENBERG, Emily (2012): “Transnationale Strömungen in einer Welt, die zusammenrückt”. En: Rosenberg, Emily (ed.): *1870-1945. Weltmärkte und Weltkriege. Geschichte der Welt*. Vol. V, ed. por Akira Iriye y Jürgen Osterhammel. München: C. H. Beck, pp. 815-998.
- SOMSEN, Geert J. (2008): “A History of Universalism: Conceptions of the Internationality of Science from the Enlightenment to the Cold War”. En: *Minerva*, 46, pp. 361-379.
- VESSURI, Hebe (2003): “La ciencia en América Latina, 1820-1870”. En: Vázquez, Josefina Zoraida (dir.)/Miño Grijalva, Manuel (codir.): *Historia General de América Latina*. Vol. VI: *La construcción de las naciones latinoamericanas, 1820-1870*. Madrid: Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, pp. 537-554.